



O. Coqueles
tomo VIII

De actualidad

"Nuestro gran amigo" Chichimecatecle

¡Qué encanto oír—que no ya leer, pues tal escrito habla de viva voz—lo que el viejo Bernal Díaz del Castillo, conquistador, nos dice de la "Verdadera Historia de los sucesos de la Conquista de la Nueva España"! ¡Qué regalo oír de Cervantes el chocarrero, de Xicotenga el viejo, de Mecameca y Nezabal Pinzintli, del dios Huichilobos, y sobre todo de "nuestro gran amigo", Chichimecatecle, "indio muy principal y esforzado", jefe de los tlascaltecas!

Mala fama han dejado estos tlascaltecas que ayudaron a los soldados de Cortés contra los otros indios mejicanos. Cuando Sandoval mandó a Chichimecatecle, capitán de los tlascaltecas, que se quedase a la retaguardia, afrentóse de ello "nuestro gran amigo" el cacique "creyendo que no le tenían por esforzado"; pero "le dieron a entender que siempre los mejicanos daban en el fardaje, que quedaba atrás, y como lo hubo bien entendido abrazó al Sandoval y dijo que le hacían honra en aquello" (cap. 140). Y "nuestro gran amigo" se quedó de reserva, guardando el fardaje. Con lo que los tlascaltecas pudieron salir ricos de alguna refriega.

"Nuestro gran amigo" Chichimecatecle iba a evitar que tuviesen que volver a ahogarse los de Cortés bajo el peso del oro. Pues cuando el desbarate de Otumba "si de los de Narvaez murieron muchos más que de los de Cortés en las puentes, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podían salir ni nadar" (capítulo 128). ¿Y qué dirán a esto los que hoy se entercan en liquidar sus negocios al precio de la guerra? Pero allá ellos, que contra más se encalabrinen antes se descalabrarán.

¡Al precio de la guerra! Cuéntanos el mismo capitán Bernal Díaz del Castillo, en el capítulo 143 de su cháchara escrita, que "todos los más soldados llevamos las piezas que habíamos habido, para echar el hierro de su majestad, que era una G, que

quiere decir guerra". Y bendito sea Dios que tenemos ya explicada esa G. del hierro de su majestad que tanto hemos visto en la leyenda de nuestras monedas, en torno al busto, y que nos habían hecho creer que decía Gracia. Mas sabemos ya, gracias al viejo cronista, que no es Gracia sino Guerra. "Por la Guerra de Dios", pues. ¿Pero qué guerra? Y los soldados de Cortés, ayudados de los tlascaltecas que acaudillaba "nuestro gran amigo" el cacique Chichimecatecle, herraban también, con la G. de su majestad, a indias cautivas, a las que no eran naborías. Bendigamos nuestros tiempos en que no hacen falta ya estas hierras. Porque las mujeres de los cortesanos, ¿qué serán?

Los mejicanos de hoy, los de la República que fundaron Hidalgo y Morelos y otros y salvó el heroico indio Benito Juárez, en contra del desgraciado e inconciente Maximiliano de Habsburgo, utensilio de un imperialismo desatentado—Prim, negándose a hacer de tlascalteca, se cubrió entonces de su más pura gloria—, los mejicanos de hoy, descendientes más que nosotros de los conquistadores españoles de con Cortés, han elevado estatuas a éste y a Montezuma y Guatimuz—que ellos llaman Moteuhzoma y Cuanhtemoc—pero no se les ha ocurrido, que sepamos, erigir-sela a "nuestro gran amigo" Chichimecatecle, "indio muy principal y esforzado", cacique de los tlascaltecas que ayudaron a los soldados del Reino de España — o del Virreino de Nueva España—a echar a los bienes de la rapiña el hierro de su majestad, la G. que quiere decir "guerra".

¡Qué lástima que no se nos haya conservado los discursos de tribuna o de entrevista, en que "nuestro gran amigo" Chichimecatecle explicaría, poniéndose en cobro, y fundándose de seguro, en la necesidad de asentar el orden y de aplacar a Huichilobos, el porque ayudaba, contra los otros indios, a los soldados de S. M. a que herrasen con la G. consabida sus

apaños! Porque no nos cabe duda de que "nuestro gran amigo" Chichimecatecle era elocuente y sagaz y persuasivo. ¡Y sirviéndose de truchimán...!

Sóle le faltó bautizarse y cambiar de nombre, como Xicotenga el viejo, a quien llamaban los de Cortés don Lorenzo de Vargas y que estaría con

este don tan orondo y ufano como un primer marqués, no de herencia, entre nosotros con su marquesado, y son éstos los de temer, que los otros, los de por herencia saben a qué carta quedarse y en qué tenerlo.

Y nos cumple declarar a nuestro lector que lo de "nuestro gran amigo" lo dice Bernal Díaz del Castillo, al principio del capítulo 137, en la línea 16 de él, primera columna de la página 150 de la edición de la "Biblioteca de Autores Españoles" de Rivadeneyra, y esto no es escrúpulo de erudito—¡Dios nos tenga de su santa mano!—sino que como hay tanto cazurro que se pasa y traspasa de listo...

Y ahora, después de esta excursión histórica, vamos a leer al padre Fray Bartolomé de las Casas, O. P., que era un desatinado revolucionario, sin espíritu alguno de edificación, energúmeno de la justicia y por ende ¡claro! muy imperfecto patriota, por lo menos de la patria de la G. de hiererra. Y lo que es más inconcebible tratándose de un fraile, y de la Orden de la Inquisición, un radical, un verdadero radical. Pero no de pico solamente. Ni al modo de "nuestro gran amigo" Chichimecatecle.

MIGUEL DE UNAMUNO